de dos pequeños, estaban pintadas de azul, mientras el resto ostentaban el rojo y amarillo, á fin de que, dividiendo el sitio de armas en cuatro, sirviesen de mira para las maniobras.

En los intercolumnios del lado meridional y de una parte del lado oriental, se levantaban pedestales sosteniendo estatuas de ilustres guerreros.

Plinio llegó al cuartel y penetró en el patio, donde algunos soldados ociosos habian trazado con punzon, sobre el estuco de las columnas, inscripciones y figuras groseras, representando guerreros, combates de gladiadores, y otra porcion de escenas que revelaban su mucha ociosidad y su poco saber.

—¿Teneis la bondad de decirme cuál es la habitacion del oficial Plubio?—le preguntó á un soldado que se hallaba grabando sobre el estuco rojo de la novena columna, una figura que representaba un soldado combatiendo y cubriéndose con el escudo; figura que ha sido llevada al Museo.

—Os la enseñaré—dijo el soldado.

Plinio siguió á su guía cruzando el cuartel que estaba rodeado de dos hileras de cuartos; los inferiores, situados en el piso bajo, para los soldados, y los superiores para los oficiales.

El pórtico y todos los cuartos estaban pintados con vivos colores.

—Esta es la vivienda del oficial Plubio—dijo el soldado.

Los oficiales vivian en familia, y cada uno tenia las piezas que formaban su habitacion.

Plinio tocó á la puerta.

—Adelante—contestó una voz argentina de muger.

El jóven abogado entró, y sus ojos descubrieron á una hermosa jóven que estaba sentada al lado de dos esclavas.

Era Clinia, la esposa de Plubio, que estaba resplandeciente de belleza y seductoramente vestida. Los brazaletes que adornaban sus redondos brazos, eran de oro con ricas piedras: exquisitos zarcillos en forma de culebras enroscadas, con ojos de brillantes, pendian de sus pequeñas orejas; preciosos anillos de rara y elegante hechura brillaban en sus nevados dedos, y un collar de oro macizo, adornado de doce esmeraldas, rodeaba su preciosa garganta.

Su tocador, que se hallaba en la pieza contigua, ostentaba los pomitos mas vistosos, conteniendo aromáticas esencias, aceites, y todos los objetos indispensables de las damas, y que se encontraban en todos los tocadores de las familias de los demas oficiales.

Plinio saludó á Clinia, que correspondió á su saludo con otro lleno de afabilidad.

—¿No está vuestro esposo Plubio?—preguntó el jóven abogado.

—Acaba de marcharse á la cámara del consejo, que es una sala próxima á esta habitacion. Si quereis esperarle, mandaré á llamarle.

—Mil gracias; pasaré yo mismo á ella.

Plinio saludó, y en seguida, conducido por el soldado, llegó á una sala espaciosa del piso principal que estaba decorada de trofeos militares pintados en la pared, y uno de cuyos fragmentos se conserva en el Museo de Nápoles. En esta sala, que era el gabinete de las operaciones particulares, la cámara del consejo, y el sitio de reunion de los gefes, se veian colocados en órden simétrico, armas, cascos ricamente adornados para decorar la pieza, entre los cuales se veia uno donde estaba representada la toma de Troya, espadas con puños de marfil, escudos, lanzas y armaduras incrustadas en plata. En una pieza próxima, habia una trompeta de estaño, muy singular, hoy en el Museo, á la cual estaban acomodadas seis flau-

tas de marfil, cubiertas de bronce, y una cadena que permitia llevarla suspendida al cuello. En otra parte habia arneses de caballos de silla, botines de bronce, armas de gladiadores, en que muchos soldados se ejercitaban por gusto, manoplas y otros muchos objetos de guerra que fueron encontrados en el mismo sitio al hacer las escavaciones.

—¿Me direis, amigo Plinio, qué motivo me proporciona el gusto de veros?—dijo Plubio que estaba arreglando algunos arneses, al ver entrar al amante de Eutima, y dirijiéndose á su encuentro.

El soldado que habia acompañado á Plinio, se ausentó.

—Vengo á que os digneis darme noticias de Glauco, á quien anoche condujísteis preso.

—Sí; me encomendaron esa penosa obligacion.

—¿Y me direis qué fundamento reconoce la acusacion que se le hace? Se me ha nombrado su defensor, y quiero tener datos seguros.

—Poco podré deciros yo respecto de eso—dijo Plubio ofreciendo un asiento á Plinio y sentándose junto á él;—pero sin embargo, os informaré de cuanto observé y oí. Encargado de conducir á Glauco y á Olinto, los llevé á la prision contigua á la puerta del *Forum Civil*, cuyos calabozos de bóveda y sin luz estremecen el corazon al penetrar en ellos, y el carcelero les hizo entrar en uno frontero á la estatua de Diana y á la de bronce de Apolo que adornan el lúgubre edificio. Mientras les traian un poco de pan y agua para cenar, pregunté á Glauco la causa de su desgracia, y en su delirio, solo pude comprender por las cortadas frases, que habia comido en casa de Diómedes, y que habia encontrado durmiendo á Endimion junto á Arbace.

—¿Luego en su delirio no se acusaba de asesino?—interrumpió Plinio.

—Todo lo contrario.

—¿Y vísteis si en su mano existia alguna mancha de sangre?

—Las tenia limpias, y esto me lo hizo observar el sacerdote cristiano Olinto, diciéndome que en su concepto Glauco era inocente, pues de lo contrario, al hundir una arma tan corta como el punzon, en el pecho de Apoicide, la sangre hubiera tocado sus dedos.

—Esa idea fué precisamente la que me asaltó esta mañana al ir á visitar á mi desventurado amigo.

—Olinto, por otra parte, asegura que Glauco queria á Apoicide como á un hermano, y que el hermano de Ione no tenia en Pompeya mas que un enemigo.

—¿Quién?

—Arbace. Este ministro de Isis, segun Olinto, temia que Apoicide, que acababa de abrazar la religion cristiana, revelara algunos secretos de los sacerdotes de la diosa.

—Pero ¿será cierto que el hermano de Ione entró á la congregacion de los cristianos?

—Olinto lo asegura, y sabeis que los nazarenos no mienten jamas.

—¡Ah!..... qué rayo de luz me envia esa noticia!—exclamó Plinio.

—Pocas horas despues, Glauco era conducido de la prision á la casa de su amigo Salustio que salió responsable de su seguridad, y allí se encuentra perfectamente atendido. Respecto de Olinto, aun gime en la misma prision.

—Yo empiezo á sospechar de Arbace.

—Igual sospecha abrigan los tres soldados cristianos que quisieron defender á Olinto, y que por recomendacion del sacerdote egipcio se encuentran sufriendo en la prision de este cuartel, como si hubiesen cometido un gran delito.

—¿Cómo?..... ¡Hay tres soldados que estuvieron anoche en el teatro de los hechos?

—Sí; y soldados muy buenos, que están sufriendo horriblemente.

—Tened la bondad de llevarme á la prision en que se encuentran.

Plubio complació en el acto á su amigo, y ambos llegaron delante de una gruesa y pesada puerta.

Plubio mandó abrir esta, y entró seguido de Plinio á la prision.

Era esta oscura y estrecha.

Tres desgraciados se encontraban allí, sujetos los piés á unos grillos de fierro ó cepo, que á penas les permitia moverse.

Estos grillos estaban formados por una doble y larga barra de fierro, teniendo de espacio en espacio veinte argollas de hierro de una tercia levantadas. Entre cada una de estas argollas tenian aquellos desgraciados metidos los piés, que en seguida se veian contenidos y cerrados por una barra de fierro transversal que pasaba por las argollas, y cuya extremidad entraba en una cerradura que se cerraba con llave. Sujetados así de piés y piernas, aquellos infelices no podian estar mas que sentados ó acostados.

Plinio se estremeció de horror al verlos aherrojados de aquella manera, cuando no tenian mas culpa que la de haber intentado defender á Olinto del furor de unos fanáticos.

—¿Decís—preguntó en voz baja el jóven abogado á Plubio—que este castigo se les ha impuesto por empeño de Arbace?

—Sí; pues él mismo vino á verse con el gefe principal con solo ese objeto.

Plinio comprendió entonces el negro corazon del gran sacerdote de Isis, y se persuadió de que Glauco era inocente.

El recto abogado se acercó á los que gemian entre hierros, y les hizo algunas preguntas con respecto á lo que habian visto, oido y observado, en los momentos de la muerte de Apoicide.

Los desgraciados presos expusieron todo lo que sabian y sospechaban, y Plinio salió satisfecho de sus respuestas.

Plubio mandó cerrar la prision, y salió tras de su amigo.

—Quisiera ahora hablar con el gefe, para saber los informes que le ha dado Arbace—dijo Plinio.

—Pues os conduciré á donde se halla.

Plubio, seguido del activo abogado, subió por una escalera larga que se hallaba junto á la prision, que conducia á un departamento mas espacioso que los otros, y que era la habicion del comandante.

Despues de una corta entrevista, Plinio salió dejando ver en su rostro algunas señales de satisfaccion.

—Os doy las gracias, querido Plubio—le dijo á este—por lo que me habeis hecho saber, y por la entrevista que me habeis proporcionado con los tres presos, así como por la que acabo de tener con vuestro gefe. Ahora tened la bondad de indicarme la salida hácia la calle, pues parto á reunir nuevos datos que sirvan para patentizar la inocencia de nuestro amigo Glauco.

—Venid.

Plubio, seguido de Plinio, llegó á un pórtico sostenido por cuatro pilares cuadradros, en cuyo fondo se abrian dos almacenes y la cocina, cuyas paredes estaban por dos lados, ostentando hornillas; pasó una pequeña cámara que presentaba un segundo pórtico, cuyo techo descansaba sobre tres columnas jónicas; llegó á la puerta que se encontraba bajo de este

pórtico, abriendo sobre la espalda del *Teatro Cómico*, (Odeon) que era la principal entrada al cuartel, dando sobre una calle que alarga la pared de aquella espalda; se detuvo en la puerta, á la derecha de la cual habia una pieza para el oficial de guardia, y el pórtico en que estaban los soldados que guardaban la entrada del cuartel, y dirijiendo la palabra á su amigo, le dijo:

—Siento que os vayais sin haber visto la gran capacidad de este cuartel; los cuartos que tiene hácia el lado septentrional; la pieza en que tenemos nuestro molino de aceite situado en la extremidad del pórtico occidental, y otras varias cosas curiosas.

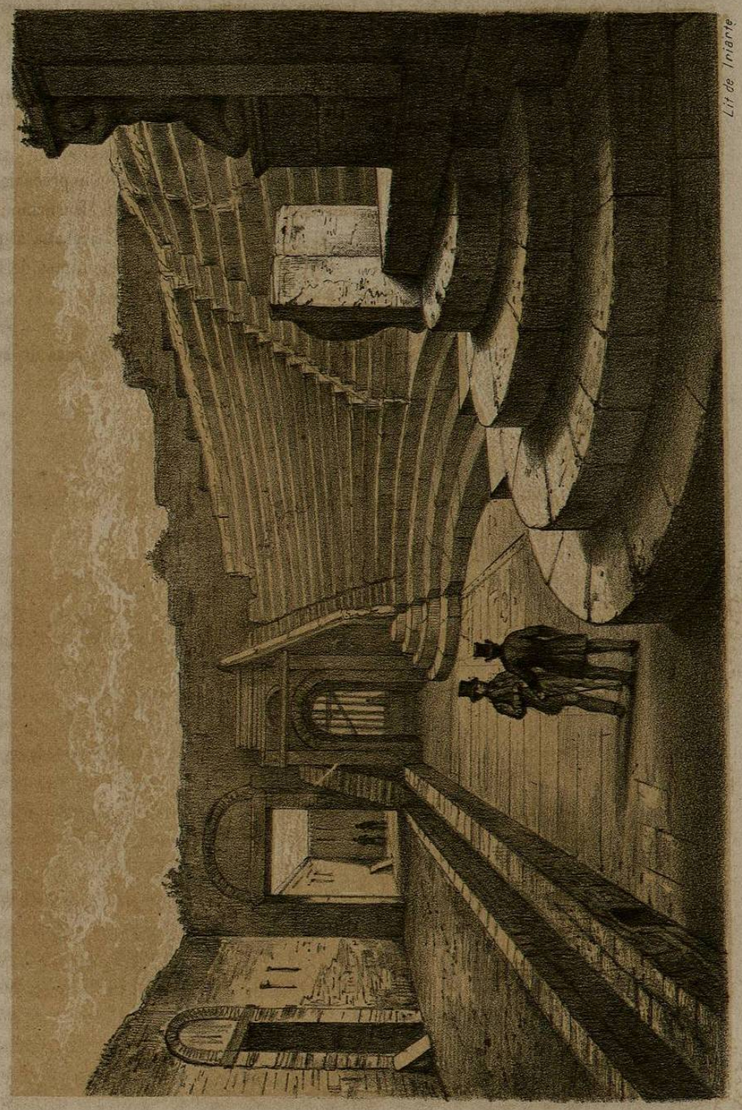
—Otro dia tendré el gusto de verlo todo: ahora me interesa adquirir datos que prueben la inocencia de Glauco para salvarle.

—Los dioses lo permitan. ¿Y Ione? ¿Qué es lo que ha pasado con ella?

—¡Ah!..... la desdichada está casi loca. Algunas veces se desata en imprecaciones contra el asesino de su hermano; otras se detiene y se le escucha exclamar: "Hermano mio, hermano mio, no; Glauco no es tu asesino..... él era tu mejor amigo y te amaba al par que yo..... ¡Oh!..... si él estuviese aquí!....." Hoy la desventurada se ocupa mas de la muerte de Apoicide y de los preparativos fúnebres, que del proceso de Glauco.

—¡Pobre Ione!.....

Plinio se despidió de Plubio, y marchó á toda prisa á trabajar en la defensa de su amigo Glauco.



INTERIOR DEL ODEON ó TEATRO CÓMICO.
(despues de las escavaciones)